

LA EVOLUCION DE LA PRODUCTIVIDAD EN LOS PAISES DE LA OCDE. (*)

(*) Trabajo inspirado en "Total Factor Productivity", OCDE. Economic Outlook, nº 42, Diciembre 1987, pg. 39-48.

No hay duda que el ritmo de crecimiento de las economías de la OCDE, en su conjunto, se ha desacelerado muy fuertemente. La tasa de expansión real del PIB (excluido el componente de "valor añadido por las Administraciones Públicas") ha bajado desde una media anual del 5.1% en el período 1960-68 y del 4.7% en el 1968-79 para la totalidad de la OCDE a otra del 2.6% en el período 1979-85. En el bienio 1986-87 esta tasa de crecimiento ha estado en torno al 2.75%. Se preve que descienda medio punto y un punto, respectivamente, en 1988 y 1989.

El fenómeno de la desaceleración se ha extendido prácticamente a todas las economías de la OCDE, aunque con variantes según los casos individuales. Las economías antes más dinámicas han solido ser las que han tendido a frenar más su tasa de crecimiento. Buen ejemplo de ello parece lo ocurrido en la República Federal de Alemania. Por el contrario, el Reino Unido ha conservado mejor un ritmo de crecimiento antes comparativamente débil.

El crecimiento de la OCDE ha seguido siendo lento aun tras la baja de los precios del petróleo en 1986 -y la ganancia de "terms of trade" que ello ha supuesto para las economías importadoras- y tras la recuperación generalizada de los márgenes de beneficios empresariales. Ni el logro de una aproximada estabilidad de precios ni la persistencia del exceso de la oferta de trabajo que revelan las altas tasas

de paro han conseguido que las economías de los países Miembros recuperen el dinamismo perdido.

La amplitud y persistencia de la desaceleración llevan a preguntarse por las causas que, más allá de los avatares de la coyuntura, puedan estar produciéndola. Pero conviene quizá notar, antes que nada, que tal vez esta desaceleración no deba ni sorprender ni alarmar excesivamente.

Los actuales tipos de crecimiento -especialmente, traducidos a términos per cápita- parecen bastante cercanos a los que constituirían la media secular, correspondiente al siglo iniciado en 1870. Es muy posible así que lo excepcional fueran las tasas de expansión logradas en las dos décadas y media anteriores a la primera crisis de petróleo, durante la "edad de oro del desarrollo" que inicia con tan buena fortuna el Plan Marshall. Parecería bastante normal que, en todo caso, los milagros económicos los protagonizasen ahora los nuevos países industriales, economías como las de Corea y Taiwán. El problema es que de estas últimas hay por el momento muy pocas. En las ya maduras, el desarrollo a tempo lento puede tener sus ventajas. ¿No se denunciaban convincentemente, hace todavía poco tiempo, los costes del desarrollo, no se propugnaba con decisión el "crecimiento cero"? Las consecuencias políticas y sociales de la desaceleración económica son todavía territorio muy inexplorado. Por otra parte, habría que guardarse de ver en la pérdida de dinamismo una suerte de fuerza mayor, de act of God al que no cabe sino resignarse. La incompetencia o falta de imaginación de los Gobiernos (y/o la ingobernabilidad de los gobernadores) puede muy bien constituir su principal razón de ser.

Complejas son las causas del desarrollo; y muy complejas y por el momento muy mal conocidas parecen las causas que han podido desacelerarlo. Ya son muchas las ocasiones, por lo demás, en que se ha anunciado una decadencia económica de Occidente, que luego no ha llegado. Recién acabada la segunda guerra mundial -y justo al inicio de la mencionada edad de oro del crecimiento- lo que generalmente se temía era el estancamiento y el paro crónico.

Las posibles causas de la actual desaceleración aparecen además como muy interdependientes y entrelazadas por múltiples relaciones de carácter circular. Podríamos clasificarlas en causas que operan por el lado de la demanda, frente a las que lo hacen por el lado de la oferta; en aquellas que condicionan las disponibilidades de factores de producción y de los recursos productivos, frente a las que determinan su utilización y empleo efectivo; o bien que determinan su productividad, problema distinto de los dos anteriores. Pero sabemos que el nivel real de demanda influye sobre las tasas de inversión y de actividad de la población; que la tasa de inversión actúa sobre la productividad del trabajo y del capital; que el nivel de la actividad lo hace sobre el ahorro y la innovación. Y así sucesivamente. Sabemos también que la distinción entre factores que influyen a corto plazo y a largo plazo puede ser muy artificiosa o engañosa.

Cabe, no obstante, intentar al menos una enumeración de algunas de estas posibles causas:

1. Un importante determinante del comportamiento reciente y futuro de las economías avanzadas de tipo occidental hay que verlo sin duda en la evolución demográfica. Como resultado de una caída fortísima de la natalidad, las poblaciones de la OCDE están dejando de crecer:

algunas han iniciado ya un retroceso o están muy cerca de iniciarlo.

Estas poblaciones están envejeciendo. Para dentro de un par de décadas, en varios casos antes, se anuncia una verdadera invasión de las sociedades occidentales por su tercera edad, y por su cuarta, los mayores de ochenta años. Las consecuencias de esta invasión, para empezar sobre gastos en pensiones y en asistencia médica, parecen estremecedoras.

Todavía, la población activa de las economías ricas no ha envejecido excesivamente: figuran aún en ella las cohortes relativamente pletóricas nacidas desde el fin de la última guerra hasta mediados de las sesentas. Pero la ausencia de crecimiento demográfico y el envejecimiento general de la población y del electorado deben estar influyendo ya de muchas formas, algunas obvias, en la desaceleración del crecimiento económico y favoreciendo por doquier las resistencias al cambio y a la innovación en las personas y en las instituciones. La inmigración puede complementar la falta de vigor demográfico occidental; lo ha hecho, lo sigue haciendo y lo hará en el futuro, por clandestina que sea. Pero Monsieur Le Pen y sus homólogos y las dificultades muy reales del proceso de asimilación, cuando se han sobrepasado ciertos umbrales, se encargan y encargarán de que la sustitución de trabajadores nacionales por inmigrados sea mucho menos que fácil y pacífica.

2. Puede ser que una parte de la desaceleración experimentada haya de atribuirse a la insuficiencia de la demanda, aunque se trata de una insuficiencia ya no superable de forma simple. Al fin y al cabo, lo que hoy se

está pidiendo a los Gobiernos de la R.F. de Alemania y Japón, parece que muy justificadamente, es que estimulen la demanda interna total en sus respectivas economías. El mayor dinamismo de la economía estadounidense en la última década y su alta tasa de crecimiento en el bienio 1983-85 han tenido indudablemente mucho que ver con el masivo estímulo a la demanda que para los EE.UU. supuso el déficit fiscal registrado a partir de 1981.

Trasladándonos otra vez al lado de la oferta, cambios de preferencias a favor del ocio y del tiempo libre, en sí nada irracionales en economías ya desarrolladas y enriquecidas, deben estar frenando la oferta del factor trabajo. Ha habido también un desplazamiento del ahorro por el consumo, complejamente relacionado con varios determinantes, entre otros el demográfico y el que supongan los patrimonios ya acumulados. El coste social creciente de la contaminación, en sus muchas formas, y del deterioro general del medio ambiente (urbano y rural) ha creado una conciencia también creciente de la existencia de estas contrapartidas del desarrollo. Lo que lleva a una exigencia asimismo progresiva de mayores y más severas medidas de control, que encarecen naturalmente la inversión y los costes corrientes de la producción. Otro encarecimiento ha sido por supuesto el de la energía: sobre sus efectos se volverá luego.

3. Fenómeno distinto, aunque muy relacionado con varios de los anteriores, puede ser la progresiva pérdida de flexibilidad de numerosas instituciones y de al menos un mercado clave, el mercado de trabajo. Las conquistas sociales de los últimos treinta o cuarenta años han implicado, en gran medida, limitaciones a la concurrencia y a la libertad de contratación. Han encarecido notoriamente

te el factor trabajo y han, sin duda contribuido, de manera decisiva a las elevadas tasas de paro europeas.

Para economías como las de la República Federal, Japón, Francia e Italia, el fin de la guerra supuso una "hora-cero", propicia a las innovaciones y a los innovadores, a la ruptura con inercias y rigideces antes vigentes. Con el paso del tiempo, en sociedades de nuevo estabilizadas, las inercias han vuelto a surgir y los mercados, en los años cincuenta progresivamente liberalizados, se han visto luego progresivamente interferidos por múltiples proteccionismos: por la protección a la agricultura, a las industrias en declive, a las regiones atrasadas etc. Los conflictos distributivos -aunque de intensidad variable, según los momentos- han tendido a hacerse más generalizados y violentos. Quienes antes no lo hacían, los funcionarios, los médicos, la policía, han aprendido a hacer huelga; nadie padece ya de "ilusión monetaria"; casi todo el mundo conoce de sobra las técnicas de deslizamiento salarial etc.

A todo ello se ha añadido el peso rápidamente creciente del Sector Público sobre el sector productivo propiamente dicho, es decir, sobre el resto de la economía. Por debatibles que resulten los efectos de la progresividad impositiva sobre los incentivos, parece que la formación de amplias "economías sumergidas" -hasta en países con la mentalidad menos propicia para ello- indica que la succión fiscal ha sobrepasado ya los límites de lo tolerable y tolerado. Al desplazamiento del sector productivo por el Público se han unido los efectos del crowding-out o expulsión de la inversión privada por la pública o, más bien, por la financiación de los déficits

del Sector Público, excepcionalmente amplios a lo largo del último decenio.

Las PERSPECTIVAS centran su atención en el aspecto, más radical de esta desaceleración del crecimiento: a saber, en la disminución del ritmo de incremento de la productividad de los factores. Los descensos de la inversión o del empleo siempre parecen reversibles, cuando llegue una coyuntura más favorable. Los de la productividad de los factores en cambio reflejarían la reducción del famoso "residuo", directamente atribuible al progreso tecnológico, o al progreso en general, del verdadero determinante por tanto, a la larga, de los niveles de vida.

Según el Secretariado de la OCDE, esta reducción se ha dado en efecto, y de una manera muy visible. Así, en el conjunto de países de la OCDE, la tasa de crecimiento de la producción se ha reducido desde una media anual del 5.2% antes de 1973 hasta algo menos de la mitad, un 2.3%, en el período 1979-85; mientras que la media anual de incremento de la productividad total de los factores lo hacía mucho más intensamente, a poco más de una quinta parte, desde un 2.9% a un 0.6%.

Las consideraciones expuestas por el Secretariado de la OCDE sobre la materia son suficientemente sucintas y claras para no precisar de ninguna clase de síntesis o resumen. Cabe subrayar, no obstante:

1. La importancia que la OCDE da a la causación circular entre crecimiento económico e incremento de la productividad de los factores. La reducción de la inversión productiva, por ejemplo, implicará normalmente una menor

incorporación de innovaciones tecnológicas al proceso productivo; la infrautilización de las capacidades de producción implicará una menor productividad del capital; y así sucesivamente. Por ello precisamente cabe esperar de una recuperación de la actividad económica también una recuperación del ritmo de ganancia de productividad factorial.

2. La importancia que la OCDE da a una determinada causa aislada de desaceleración, al fin del proceso de "catching-up" o acortamiento de distancias entre la tecnología aplicada en Europa y Japón y la inicialmente muy superior, usual en los EE.UU.

Este proceso de acortamiento de distancias donde debería estar lográndose ahora es en las economías exteriores a la OCDE; en muchas de las cuales -pensemos, por ejemplo, en el problema de la planificación central, para no referirnos siempre sólo a la de la Deuda- parece encontrarse muy bloqueado.

3. El escepticismo de la OCDE acerca de las políticas específicas de fomento de la innovación y del progreso tecnológico. No por mucho invocar y hasta subvencionar las nuevas tecnologías se va a avanzar gran cosa, probablemente, en su desarrollo y sobre todo aplicación.

4. El escaso peso que la OCDE otorga a las consecuencias directas del encarecimiento de la energía sobre la productividad de los factores. Pero otras consecuencias de este encarecimiento sobre el historial reciente de las economías de tipo occidental -a través de las pérdidas y ganancias de relación real de intercambio y renta, por

ejemplo etc.- son innegables.

5. Finalmente, la alarmante falta de evidencia, por el momento, de que los adelantos de la informática y teleinformática estén acelerando dramáticamente el crecimiento de la productividad en el sector servicios. Sector, es verdad, que heterogéneo y ya dominante pero del que se sigue sabiendo poco.